

SERMON
PARA EL DIA DE SANTIAGO
Apostol.

Vidit Jacobum Zebedæi & Joannem. . . Et statim vocavit eos: Mar. I. 19. 20.

Vió à Santiago, y à Juan, è inmediatamente los llamó.

VED aquí, Catolicos, en pocas palabras el mas alto elogio que se puede hacer del Apostol, cuya memoria celebramos en este dia; el Espíritu Santo hace en una sola clausula el mas perfecto Panegyrico à que puede llegar el arte de alabar. Despues de tantos siglos, que en este Augusto Templo consagrado à la gloria de Santiago, resuenan sus alabanzas, la mas sublime eloquencia, y los mas célebres Oradores, nada han dicho que pueda compararse con lo que yo os acabo de decir.

Aquel Dios de Sabiduria, y de Luz, que solamente concede sus favores à los que son dignos de ellos, ò por mejor decir, que hace dignos de sus favores à aquellos à quienes se los concede, llama à nuestro Apostol al mas sublime Ministerio, y le encarga el cuidado de regir, y gobernar aquel pueblo nuevo, aquel pueblo santo, que se ha de formar él mismo con la efusion de su sangre: ¿Qué os parece, Señores, que es un Apostol? juntad en vuestra

tra idea las mayores hazañas que han hecho todos los Heroes del mundo, y quantas acciones gloriosas en la presencia de Dios hicieron los Santos; juntad todos los prodigios de valor, y politica que ha admirado el mundo, y las mas puras virtudes que en los siglos mas arreglados han servido de edificacion al universo: juntad los meritos que hacen à los hombres singulares, y vivir eternamente en los fastos del Imperio, y de la Religion, los que al hombre ambicioso le grangean los aplausos de un pueblo profano, y los que aseguran al Heroe Evangelico, los respetos de un pueblo fiel; juntad todos los prodigios de la naturaleza, y todos los milagros de la gracia, los talentos mas sublimes, las mas gloriosas acciones, las mayores felicidades, las mayores desgracias, y las mayores virtudes.

Por parte del corazon, figuraos una alma firme, è intrepida, à quien no asustan los mas dificiles proyectos, no cansa el trabajo, ni atemorizan las desgracias, que desafia à los peligros, à todo se atreve, y que mirando con igual indiferencia las dificultades de la empresa, y la gloria de su consecucion, siempre cuenta con la victoria, porque hasta las desgracias, y trabajos las mira como felicidades.

Por parte del entendimiento, idead una superioridad de luces, que disipa todas las nubes, destierra las preocupaciones, destruye los errores, hace callar à las pasiones, humilla la altivez de la ciencia, domina, y cautiva la razon, y muda todas las ideas del espíritu. Por parte del empleo, contemplad un hombre que

que está con Jesu-Christo, que hace sus veces en la tierra, que es maestro, modelo, oráculo, arbitro, y juez del mundo.

Por parte de los proyectos, de las desgracias, y de las felicidades, ved un hombre que tiene que pelear contra todo el mundo, que ha de resistir à sus furors, que le ha de sujetar al mismo tiempo que se rinde à sus golpes, y le ha de vencer, siendo su víctima.

Por parte de las virtudes, mirad un hombre que las ha de enseñar, mas con su exemplo que con sus discursos, que ha de ser à un mismo tiempo maestro, y modelo de la perfeccion, que todos han de procurar imitarle sin llegar à serle semejantes; finalmente, contemplad un hombre, que para ser Apostol, ha de ser mas que hombre, mas que Heroe, y mas que Santo.

Para formar el Panegyrico de Santiago, bastá examinar su gloria; ésta publica sus meritos; sus titulos son las pruebas de sus virtudes, y para conocer lo que fue, basta saber el ministerio que le encargó Jesu-Christo.

Pero no, Catolicos, este Ministerio, no obstante ser tan noble, y tan divino, es la menor parte de la gloria de nuestro Santo: con decir de otros Santos que fueron Apostoles, se hace un alto Panegyrico de su grandeza, però con esta misma expresión, apenas se dá principio al Panegyrico de Santiago; fue tan grande por sí mismo, como por su Ministerio; dá al Apostolado tanto lustre, como recibe de él, y le honra, no menos de lo que él es honrado: Santiago honra al Apostolado con las vir-

tudes que en sí tiene, quando recibe el Ministerio Apostolico, y por el modo con que desempeña sus obligaciones: las virtudes que adornaban el alma de Santiago quando recibió el Ministerio Apostolico, y el modo con que desempeñó este Ministerio, serán el asunto de este discurso; para desempeñarle dignamente, pidamos todos al Divino Espiritu me comunique sus luces, poniendo por intercesora à su Celestial Esposa: AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

YA deseareis, Señores, saber qué prendas eran las que adornaban el alma de Santiago quando recibió el Ministerio Apostolico: pues sabed que se hallaba dotado de aquellas virtudes, que vencen los peligros, y disponen los felices sucesos; de aquellas virtudes, sin las quales el Ministerio suele ser peligroso, y funesto para el Ministro, y esteril, è inutil para los pueblos: concurrían en nuestro Apostol una vocacion segura, y verdadera, una fidelidad pronta en seguir la gracia de la vocacion, y un amor tierno, y sincero à Jesu-Christo; luego que el Señor le llama al Ministerio, obedece prontamente à su voz, y entrega todo su corazon, y todo su amor al Dios que le llama.

Examinad atentamente conmigo, Catolicos, los pasos de este grande Apostol; nada os diré que no sea una constante verdad: la injuria de los tiempos nos ha privado de muchas noticias de sus combates, y triunfos; respetaré las tinieblas que la distancia de los siglos ha esparcido sobre sus gloriosas

acciones, las que eran tan dignas de eterna memoria, pero cuidaré de recoger las preciosas reliquias que nos han quedado en los Sagrados Monumentos: y si no digo quanto pudiera decir de nuestro Santo, à lo menos quanto diga será alegando el testimonio del mismo Espiritu Santo, y solamente alabaré lo que alabó el mismo Divino Espiritu: en este elogio, callará el hombre, y hablará Dios; y en él hallareis, Señores, virtudes que admirar, y exemplos que seguir.

El primer distintivo de Santiago, es ser Apostol; pero un Apostol que recibe este Ministerio con la vocacion mas segura, pues el mismo Jesu-Christo es quien le llama, y le destina para él: Ah! Catolicos, quanto debieramos desear, que estuviese tan impresa en nuestros corazones, como en nuestros entendimientos, que se hallase tan autorizada con nuestras costumbres, como lo está con nuestra aprobacion, y que fuese tan observada en la practica, como es cierta en sí misma aquella maxima de San Pablo, es à saber, que el hombre no debe apropiarse los titulos, y los honores, sino que los ha de recibir de la mano de Dios, à quien solamente pertenece dar las virtudes que merecen la gloria, y distribuir la gloria que es recompensa del verdadero merito: *Nec quisquam sumat sibi honorem, sed qui vocatur à Deo.* (Heb. c. 5. v. 4.)

Si esta maxima se observara, no veriamos las dignidades expuestas à ser recompensa de las astucias, y del engaño; no las veriamos hechas juguete de las pasiones humanas, premio del vicio, y patrimonio de la ambicion, la que no tiene otro meri-

to mas que el atrevimiento de pretenderlas, y la audacia de usurparlas: no veriamos à tantos hombres perversos conseguir las dignidades, por los mismos medios que debieran apartarlos de ellas, y burlarse de la virtud, al ver los felices sucesos de sus delitos.

Però todos estos funestos estragos son mas de temer respecto de las dignidades del Santuario, de los honores de la Religion, y del Sacerdocio; de un Apostol es, de quien principalmente se debiera decir: *Nec quisquam sumit sibi honorem, sed qui vocatur à Deo.* En las dignidades profanas suele suceder que el deseo de adelantar, basta para desempeñarlas con honor; esta passion, gobernada por la politica, suele equivaler à la ciencia, y à los talentos; y la ambicion, que à todo se atreve, por llegar à conseguir los honores, se rinde muchas veces, vistiendose de las apariencias de virtud, para mantenerse en ellos.

Però en el ministerio apostolico la vocacion es el alma de todas sus funciones; las demás prendas, sin vocacion, nada valen: si el hombre se introduce en él por sí mismo, se hallará solo; y aunque esté adornado de los mas sublimes talentos, aunque posea todos los tesoros de la ciencia, y aunque tenga las prendas, que hacen mas recomendables à los hombres famosos, carecerá de las que constituyen à un Apostol.

El hombre no tiene en sus manos el corazon del hombre; las virtudes que posee, las recibe, pero no puede comunicarlas; casi nada hace el que planta, y el que riega, dice San Pablo, Dios sólo es quien dá el incremento, y la vida: la lluvia de la divina gracia es la que reblandece el seno de la tierra, el

rocío del Cielo, quien la fertiliza, el Sol de Justicia quien la enriquece con frutos de santidad, y la mano mas diestra, añade el Profeta, trabaja inutilmente en levantar la santa casa, si Dios no trabaja con ella, y por ella.

Bien instruido se hallaba en esta verdad nuestro Santo Apostol; mucho tiempo antes de su vocacion conocia al Salvador, y era conocido de su Magestad; le amaba, y era correspondido; le buscaba, y si es licito decirlo así, era buscado; todas las circunstancias parecen que le convidaban à seguir los movimientos de su corazon, y sus deseos, que eran ofrecerse al servicio de Jesu-Christo: todas parece que le prometian, que sería favorablemente recibido de aquel Dios de paz, y de amor; y le allanaban los caminos para seguir tan gloriosa carrera.

Su fé manifesta la mayor prontitud; apenas havia empezado à oirse la voz de Jesu-Christo en Israel, quando esta misma voz penetró el corazon de nuestro Apostol, y abriéndose camino por entre tantas preocupaciones, que la huvieran ahogado en una alma menos sencilla, halló en la de Santiago una perfecta docilidad: Israel, engañado con el amor à la opulencia, y à la gloria mundana, esperaba un Salvador, que fundando su inmortal imperio sobre las ruinas de las Naciones, pusiese en poder de Judá los despojos de los Reyes, y de los Reynos.

Santiago havia mamado con la leche de su madre estas ideas del Mesias, tan lisongeras para el amor propio, ilusion agradable de la que no se vió enteramente libre, hasta que recibió la plenitud del Espiritu Santo; pero no obstante, inmediatamente

que oye el sonido de su voz, conoce en Jesu-Christo errante, y fugitivo en medio de su propia Patria, conoce en este Jesus pobre, y abandonado, al Salvador tan deseado, y esperado por tantos siglos: le conoce en un tiempo, en que las tinieblas que podian ocultarle à una vista aun mas perspicaz que la suya, no se havian disipado con el resplandor de sus prodigios: aunque hijo de Israel, y miembro de un Pueblo, que se havia de obstinar contra las pruebas mas evidentes, es docil, y no espera à los prodigios, para rendirse à la voz de la verdad.

Su fé se adelanta à los milagros: dá un exemplo, que de nadie havia recibido, y que tendrá despues muy pocos imitadores; y así, tributando à Jesu-Christo los primeros respetos, parece que tenía derecho para esperar los primeros favores: ¿con qué ansia no desearia nuestro Apostol estas gracias? pues llevado, no sé si de su amor à Jesus, ò de los violentos movimientos de la ambicion, que despues manifestó, aspiraba à acompañar à Jesu-Christo en sus trabajos, y combates, para participar despues de su gloria, y de sus triunfos.

El Señor le niega estos favores, que con tanta ansia deseaba, pero sin exasperarle, conformandose con su flaqueza para curarla, y para disipar mas seguramente la ilusion de sus preocupaciones: ¿con qué agrado no fue recibido del Señor, quando su amor, y su fé le llevaron à sus pies? ¿quántas veces se dignó el Divino Salvador, de asistir, y acompañarle en su trabajo, imagen del ministerio à que le havia destinado? Yá havia visto à Jesu-Christo emplear à su favor aquel poder, que sujeta à su im-

perío toda la naturaleza, en una pesca milagrosa; yá el Señor le havia manifestado en los beneficios que le havia hecho, que su corazon estaria siempre pronto à condescender con sus ruegos; pero ni estos extraordinarios favores, ni su fé, y su amor, ni las prendas que tenia de la preedileccion del Salvador, fueron capaces para inspirar en su alma una confianza temeraria: contento con haver entregado su corazon à Jesus, luego que el Señor se le pidió, para emplearle en ganar el de otros hombres, espera sus preceptos: encierra dentro de sí su amor, y su fervor; yá se siente animado del zelo, y del valor de un verdadero Apostol; para exercer las funciones de tal, solo espera las ordenes de su Divino Maestro; este dichoso instante siempre le parece que tarda, pero aunque sus deseos son tan vivos, se contienen dentro de los limites de su obediencia, y así se hace mas digno del titulo de Apostol, por el ansia con que le desea, y por la humildad con que le espera.

Al ver Jesu-Christo un amor tan vivo, y una conducta tan prudente, le declara por uno de sus primeros Apostoles: caminando el Señor por las orillas del Mar de Galicia, vió à Santiago, y à Juan, y los llamó; dexad, les dice, como havia dicho à San Pedro, dexad esa barca, y esas redes; esos penosos trabajos han ocupado yá suficientemente unas vidas, que están destinadas para ser la felicidad del mundo; mas alto destino os espera; conquistareis, y gobernareis, Ciudades, Provincias, y Reynos: esta es vuestra vocacion, y vuestro ministerio.

¡Oh, providencia divina! estos son los guerreros,

ros, y los Heroes, que elegis para que os acompañen en los combates, y para que os hallanen los caminos para la victoria: estos son los hombres à quienes encargais, que pongan à vuestros pies los despojos del mundo vencido, y cautivo, enviandolos à que enarbolen vuestra Cruz sobre las ruinas del Capitolio: estas son las manos à quienes confiais vuestra gloria, y vuestros proyectos: los Cesares en su Trono; los Conquistadores à la frente de sus Legiones victoriosas; todos los Sabios de Roma, y de Athenas, los Maestros consumados de Israel, apenas serían à proposito para tan ardua empresa; ¿pues cómo unos hombres desconocidos del mundo, y unos hombres despreciables, segun el mundo, han merecido vuestra atencion?

¿Qué circunstancias concurren en este hijo del Cebedeo, pregunta San Pedro Chrisologo, à quien Jesu-Christo elige por uno de sus primeros Apostoles, que no sean dignas del mayor desprecio? Un hombre de obscuro nacimiento, pobre, entregado à una profesion vil, condenado à buscar su sustento à costa de vigiliass, y de penosos trabajos; un hombre, que vive en una costa desierta, expuesto siempre à las tempestades, y borrascas del mar: pero ah! exclama el mismo Santo Padre; esto es lo que vé el mundo, pero lo que vé Dios, y el mundo no conoce, es un hombre falto de bienes de fortuna, pero rico en dones de la gracia; un hombre humilde por su origen, pero sublime por su merito, y por su eminente santidad; quiero conceder, que sea el mas despreciable de todos los hombres por su clase, y condicion; pero su corazon, y sus virtudes le hacen su-

perior à los dueños del universo: estos son los talentos, que Dios pide en sus Apostoles; además de que no puede faltar circunstancia alguna, al que el mismo Dios llama para el Apostolado: en las manos del Señor, la mas fragil caña, será suficiente para derribar los mas altos cedros del Libano: el mérito sepultado en un calabozo, hará algun dia à Josef, Salvador de Egypto, y del Monarca que le gobierna: una Judith bastará para destruir numerosos exercitos, y para regar con la sangre enemiga los contornos de Bethulia: la modestia, el temor, la afliccion, y las lagrimas de una Esther, quitarán de las manos al fiero Assuero, el rayo con que se disponia à aniquilar la estirpe santa: un Jeremias, que apenas sabe pronunciar, anunciará oraculos terribles, que resuenen hasta en el mismo Palacio de Sedecias, y atemorizará à este Príncipe en su Trono: todos los caminos se allanarán, para que pase el que Dios envia à la conquista de las almas, quando al mismo tiempo el que se gobierna por su propio dictamen hallará en todas partes escollos, y naufragios.

Nuestro Santo Apostol havia esperado con humildad, y paciencia el momento de su vocacion, pero inmediatamente que éste llega, le abraza con prontitud: no resiste à la voz del Cielo como Jonás; no se manifiesta tímido, y cobarde como Ezechiel; no alega excusas, como Jeremias; sin examinar lo que se le manda, lo que se le promete, lo que ha de abandonar, y lo que ha de padecer, solamente atiende à su amor: aunque es mucho lo que se le pide, sabe que es Jesu-Christo quien lo pide: conoce, que es mucho lo que ha de padecer, pero sabe, que pa-

decerá con Jesu-Christo, y por Jesu-Christo; y asi, sin detenerse en reflexiones, vá corriendo à donde es llamado: su fé no dá lugar à que haya intervalo alguno de tiempo entre el movimiento de la gracia, y la correspondencia à la vocacion: se dá priesa à comprar con el sacrificio de quanto posee, la felicidad de vivir, y morir con Jesu-Christo: *Relictis omnibus secuti sunt eum.*

Nosotros, Señores, como hombres carnales, y mundanos no conocemos el inestimable precio del sacrificio de Santiago: nos detenemos en el exterior, sin penetrar las interiores disposiciones de su alma; vemos solamente la barca, y las redes que abandona, y el honor que recibe; no reparamos mas que en la vida penosa, y aspera que dexa, y en la vida de gloria, y de prodigios que empieza à tener en compañía de Jesu-Christo: con todo eso, Catolicos, me atrevo à asegurar, que jamás hubo sacrificio mas digno de nuestra admiracion, y de nuestros respetos, ni se presentó jamás en los Altares del Dios del Evangelio, victima mas noble, ni mas illustre, yá examinemos este sacrificio, segun el espíritu que le anima, yá miremos à las circunstancias que le acompañan, yá à la extension que en sí encierra.

Este sacrificio es el mas noble, y heroyco, atendiendo al espíritu que le anima: juzguemos, Catolicos, dice San Gregorio, juzguemos del modo que Dios juzga: el valor del sacrificio no se mide por lo grande de la victima, sino por la grandeza de la fé, y del amor que la presenta: Dios no atiende tanto à lo que se dá, como al afecto, y modo con que se dá: *Non quantum sed ex quanto.* El sacrificio de

nuestro Santo Apostol no tiene mas límites, que la imposibilidad en que se halla de sacrificar mas: sus deseos exceden infinitamente à su ofrenda: si tuviera que abandonar un mundo entero, todavia le pareceria poco: si se aflige de hallarse pobre, es porque su miseria le priva del merito, y del gusto de dexar mucho; ofrece todo quanto tiene, y para ofrecer, mas solamente le falta tener mas.

Su sacrificio es el mas noble, y mas heroyco, atendiendo à las circunstancias que le acompañan; porque, segun advierte San Juan Chrysostomo, si dexa poco, todavia halla menos: es verdad, que la gracia no le priva mas que de unas redes, y una barca, pero tampoco le presenta mas que miserias, trabajos, peligros, y persecuciones: la gracia le separa de un padre pobre, y desconocido en el mundo; pero en su lugar le dá un Maestro desterrado, y yá casi condenado por el mismo mundo; un Maestro aborrecido de Judá, y de Israel, mas conocido por el desprecio con que le mira el Pueblo, que por sus prodigios; un Maestro despreciado de los Grandes, y objeto de la envidia, y del furor de los Escribas, y Phariseos; un Maestro, finalmente, que no ofrece à sus Discipulos mas felicidad, que el que padecerán desgracias en su compañía: abandona una vida penosa, pero pacifica, y tranquila; y abraza una vida mas pobre, mas penitente, mas austera; una vida en que siempre se están sucediendo unos à otros, los peligros, y las desgracias; y consiguientemente, aunque no necesitase de mucho valor para dexar lo que poseía, le necesitaba muy grande para abrazar lo que se le presentaba.

Su

Sup Su sacrificio fue el mas noble, y mas heroyco en su extension: entre los sacrificios que la gracia ordena à nuestro Apostol, se halla uno, que es el que mas cuesta à las almas, para quienes son faciles los demás sacrificios; un sacrificio, que halla tanta mayor resistencia en el corazon humano, quanto éste es mas noble, y mas digno de Dios: un sacrificio propio de un corazon heroyco, pero que al mismo tiempo es preciso, que le sienta vivamente; un sacrificio que debia ser en extremo doloroso para nuestro Apostol, porque preservado por su corta fortuna de aquellas pasiones vivas que crecen en el seno de la prosperidad, no se havian alterado en su alma los afectos, que inspira la sencilla naturaleza; este sacrificio era el de un Padre, à quien amaba tiernamente, y al que le era preciso abandonar, dexandole solo, en una edad abanzada, y de una Madre amorosa, que no podia sufrir el verse separada de un Hijo que parecia huir de ella, la que movida de su exemplo, y fiel à la misma gracia, sigue con él à Jesu-Christo: al sacrificio de todo quanto posee, dice San Gregorio, añade el de todo quanto puede desear: sacrifica los deseos vanos, las esperanzas engañosas, los encantos de la prosperidad, y el consuelo en los trabajos: no hay hombre tan feliz, à quien no lisongee mas la esperanza de los bienes futuros, que la posesion de los que actualmente goza: no hay hombre tan desgraciado, que no enjague sus lagrimas con la lisongera esperanza de mejorar de fortuna: esta esperanza es una ilusion, una fantasma, y un sueño; es puro efecto de la imaginacion, y nada tiene de realidad: y como aun en

Tom. IV.

M

la

la mayor opulencia desea el hombre mas de lo que posee, no hay mayor sacrificio, que el que destruye, y abandona hasta los deseos, y esperanzas.

El sacrificio de nuestro Apostol se estiende, Catolicos, hasta sí mismo; no solamente abandona sus bienes, y su familia, sino que tambien se niega à sí mismo: solamente vive en Jesu-Christo, y para Jesu-Christo: solamente trabaja por Jesu-Christo, y descansa en Jesu-Christo; toda su familia es Jesu-Christo; su voluntad la de Jesu-Christo; Jesu-Christo es todo su interés, y toda su gloria.

¿Qué exemplo este para los Ministros de los Altares! ¿tendremos, Señores, valor para imitarle? ¿Seremos tan desgraciados, que no nos atrevamos à seguirle? La vocacion al Sacerdocio, Catolicos, es una vocacion à muchos, y muy grandes sacrificios: la gracia que nos llama al ministerio Evangelico, nos llama al mismo tiempo à todo quanto es necesario para el desempeño, y utilidad del ministerio: sin una entera, y total renuncia de todos los fines de interés, y codicia, de ambicion, y vanidad, de todos los motivos de amor propio, y de quanto puede lisongear las pasiones, nuestro zelo siempre será corrompido en su origen, ciego en su conducta, y desgraciado en sus empresas.

Nuestro zelo será corrompido en su origen, porque en una alma, que no está muerta à sí misma, no tardará mucho este zelo en participar de las pasiones del corazon en que reside: el que se halla dominado del interés, y de la codicia, solo cuidará de aquellas personas que pueden recompensar sus intentos, sin atender à aquellas almas, que no tienen

otra

otra cosa que presentar à Jesu-Christo, mas que su corazon, y disimulará los pecados, quando tenga que temer, ò que esperar de parte del pecador.

El que aspira à conseguir fama, y honor, despreciará los ministerios oscuros, quando en ellos no halle motivos con que satisfacer su vanidad: negará à los pequeños los servicios, que solamente presentará à los Grandes, y sacrificando la sólida utilidad del ministerio à la reputacion del Ministro, no pensará mas que en hacerse admirar, dexando à otros el cuidado de mover, y convertir.

El perezoso, y tibio, se asustará con el trabajo, y no le alentará tanto el bien que pudiera hacer, como le acobardarán los males que le es necesario sufrir.

El flaco, y tímido se asustará à vista del menor peligro; ejercerá con gusto el ministerio del zelo, y de la caridad, pero no tendrá valor para ser Martyr, y víctima de su ministerio: su zelo se acomodará à las circunstancias, à las ocasiones, al tiempo, y à las personas; será un zelo animado del espíritu de parcialidad; un zelo de ambicion, y de codicia, y tan impropio para ganar, y edificar à los hombres, como para atraer sobre sí las bendiciones del Cielo; finalmente, será un zelo corrompido en su origen.

Tambien será ciego en su conducta, y desgraciado en sus empresas; porque el Obrero Evangelico que no se ha renunciado à sí mismo, querrá que todos se acomoden à sus ideas, quando es imposible que pueda ganar las almas para Jesu-Christo, no haciendose todo para todos: hallará unas almas

M 2

va-

vanas, y presumptuosas à las que tendrá que confundir, y otras flacas, y timidas à las que tendrá que alentar, y esto nunca lo podrán conseguir unos Ministros poseídos del amor propio, porque querrán decidir, y juzgar de todo segun sus propias ideas; y sin atender à la diferencia de genios, de estados, de condiciones, y de gracias, querrán llevar à todas las almas por un mismo camino, las gobernarán por unos mismos principios, las guiarán à unas mismas virtudes, y las sujetarán à unos mismos ejercicios: estos Ministros, aunque muy zelosos, poco felices en su zelo, trabajarán mucho, pero será inutil su trabajo; por no haver seguido à la gracia de la vocacion al Apostolado, segun toda su extension, no tendrán de Apostoles mas que el nombre; no tendrán el merito de Santiago, que llamado al ministerio por Jesu-Christo, obedece prontamente à la voz de Dios que le llama, dando todo su corazon, y toda su alma al mismo Señor.

Si hemos de juzgar de nuestro Santo Apostol por las noticias que de él nos dán los Evangelistas, su particular distintivo fue un amor vivo, y una sincera inclinacion à la persona de Jesu-Christo; San Juan fue el Discipulo amado de Jesus: *Discipulus ille quem diligebat Jesus.* (Joan. 21. 7.) San Pedro, segun advierte el Chrysostomo, parece que amó à Jesus con un amor mas tierno, y en este sentido no temió dár à su corazon la preferencia sobre el de los demás Apostoles: *¿Diligis me plus his? tu scis quia amo te.* (Ibid. 16.) Pero entre todos los Apostoles, y entre todos los Discipulos de Jesus, ninguno, continúa el mismo Santo Doctor, puede

dis-

disputar à Santiago el merito, y la gloria del amor mas sólido, mas generoso, mas constante, y mas invariable.

El amor de Santiago se halla desde su principio en el mas alto grado de perfeccion: creer en Jesu-Christo, y amarle, verle, y seguirle, conocerle, y entregarse à él, sujetarle su entendimiento, y darle su corazon, todo fue en Santiago una misma cosa, luego que oye la voz de Jesu-Christo: *Vocavit eos.* Esta voz penetra su corazon, enciende en él el fuego de la divina caridad, aquel fuego celestial que en un instante consume los vinculos, que le unian à su familia, y à los cuidados de su profesion: *Relictis omnibus secuti sunt eum.* Es verdad, que todavia queda su corazon por algun tiempo poseído de la estimacion de las prosperidades mundanas, pero es mas fuerte la inclinacion que le mueve à seguir los pasos de Jesu-Christo, y si todavia no pone su felicidad en morir por el Señor, à lo menos confiesa que no puede ser feliz, sino viviendo en él, y por él: *Relictis omnibus secuti sunt eum.* Su amor es el mas generoso, è intrepido: Jesu-Christo le pregunta; ¿tendrás valor para beber el Caliz de dolores, y oprobios, que yo he de recibir de mano de mi Padre, y que de la mia ha de pasar à la tuya? *¿Potestis bibere Calicem?* ¡oh, Señor! Vos me conoceis; todo mi corazon es vuestro; hablad, y una sola palabra vuestra bastará, para que yo derrame hasta la ultima gota de mi sangre; ésta desea yá salir de mis venas, y regar la tierra, para dár testimonio de mi amor: feliz yo, si à la gloria de vivir con vos, añado la de morir por vos: *Possumus.*

¡qué